

Reseña

Peña, Carlos (2015): *Ideas de perfil. Ensayos*, Santiago de Chile, Editorial Hueders, 600 págs.

El autor, Carlos Peña –considerado uno de los intelectuales más influyentes en el debate público de Chile–, en este libro nos invita a reflexionar sobre una pregunta filosófica de gran actualidad: ¿Cómo debemos vivir nuestra vida, tanto a nivel individual, como colectivamente? En un escenario donde el desarrollo de un país se mide por el nivel de crecimiento económico, donde la política pierde interés y credibilidad, donde la individualidad se tensiona con las instituciones sociales tradicionales como la familia o la comunidad, donde los vínculos afectivos se tornan frágiles y el consumo se erige como la única respuesta posible y deseable, resulta urgente e ineludible buscar respuestas para esa pregunta que cuestiona la legitimidad del proyecto de la modernidad.

El libro se inicia con un debate sobre la ética y la política, a partir del caso de la crisis económica de Argentina en el año 2001 y las formas que se barajaron como posibles soluciones: por un lado, como un asunto técnico que debían resolver los expertos y, por otro, como un asunto político, que exigía ser debatido y resuelto por el conjunto de la sociedad. Según el autor, en el escenario actual, la política entendida como el debate de las ideas y la deliberación ciudadana en la esfera pública, cada vez más, está siendo desplazada por la supremacía de las políticas públicas, la técnica y la burocracia, lo que Max Weber denominaba la “jaula de hierro”.

El libro, en general es una defensa del liberalismo político por sobre el liberalismo económico. Si bien, desde sus inicios, el liberalismo se ha caracterizado por ser heterogéneo, desde el punto de vista económico defiende la idea de la autorregulación y la liberalización de los mercados, puesto en boga a principios del siglo XIX (Avendaño *et al.*, 2012); mientras que, desde el punto de vista político, es racionalista y secular, se podría decir que sentó las bases de la democracia moderna a través del sistema de representación política. El liberalismo parte de la premisa de que los individuos son sujetos racionales y, por eso, pueden conducir sus vidas autónomamente. Por extensión, un conjunto de sujetos racionales (una comunidad) debería ser capaz de definir el rumbo que conjuntamente quieren dar a sus vidas. Sin embargo, en nuestro país vemos cómo el ideario liberal se enfrenta a constantes contradicciones –que serían inherentes a la condición moderna, por cierto (Bobbio, 2001). Algunos sectores promueven la

liberalización de los mercados al tiempo que obstaculizan la aprobación de leyes que otorguen mayor libertad y autonomía individual, lo que favorecería verdaderas transformaciones sociales y culturales. Un ejemplo de esto lo vemos en los llamados temas valóricos, como el debate público que se ha dado en torno a los derechos sexuales y reproductivos.

Immanuel Kant es uno de los primeros liberales modernos, que aparece recurrentemente citado en el libro. Él distinguió entre los *noúmenos*, entes inteligibles que pertenecen al campo de lo racional y, por lo tanto, tienen libertad y los *fenómenos*, las cosas que tienen relaciones causales y están determinadas por otros fenómenos, los cuales son sensibles a los sentidos (Kant, 1781: 148-149). En la filosofía kantiana cada sujeto puede y debe formularse sus máximas de comportamiento, pero éstas deben ser universalizables, es decir, realizables por cualquier sujeto racional. Por este motivo, los sujetos racionales no necesitan tutores y pueden y deben pensar autónomamente. Estos dos principios, *universalidad* y *autonomía*, son la base del pensamiento moderno y han inspirado perspectivas liberales tan importantes como la Teoría de la justicia de John Rawls y la Teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas (ambas se revisan en el libro).

Como una crítica, podemos decir que considerar a la razón como el único criterio para otorgar autonomía individual ha implicado que algunos grupos sociales sean tratados como “sujetos a medias”. Un caso emblemático lo constituye la infancia. Debido a la influencia del paradigma racional, las niñas, los niños y adolescentes han sido tratados con ambivalencia en cuanto a sus derechos y responsabilidades; a veces, con paternalismo jurídico y otras, con clara discriminación. Desde esta perspectiva, la infancia representaría un sujeto racional en formación (*becoming*), puesto que la persona adulta sería el sujeto racional por excelencia (Gaitán, 2006).

El libro aplica el viejo dilema kantiano entre utilitarismo y dignidad al actual contexto político chileno. Para Kant, las cosas tienen precio y entonces son reemplazables unas por otras o tienen dignidad y, en ese caso, son únicas e insustituibles. Las personas, sin duda, tienen dignidad. No obstante, en la práctica –que es donde finalmente se miden las ideas–, a veces, se toman decisiones políticas utilitaristas, que beneficien al mayor número posible de personas, a pesar de que se merme la dignidad de una minoría. Una clara muestra lo constituye la instalación de vertederos de basura o torres de alta tensión en sectores socialmente excluidos que permiten el bienestar de grupos sociales más acomodados.

En el libro también se revisa críticamente a otros autores. Por ejemplo, Raymond Aron mantuvo una actitud escéptica hacia las ideologías absolutistas y redentoras de la historia, ideas que él veía en la izquierda francesa que representaba su contemporáneo y rival intelectual, Jean Paul Sartre (Pág. 47). Llama la atención la trayectoria meritocrática de Pierre Bourdieu (hijo de un cartero), quien demostró que las élites concentran poder, virtud y riqueza no por ser esencialmente mejores, sino, por estar en relaciones que las *constituyen*, lo que él denominó estructuras sociales incorporadas (*habitus*) (Pág. 92). Se destaca la metáfora de Wittgenstein sobre el lenguaje como una “jaula” en la cual estamos los seres humanos recluidos, sin poder salir, porque el lenguaje mismo –esa jaula– nos constituye (Pág. 174). Quizás más conocidos sean

los trabajos de arqueología de los conceptos que se mencionan de Foucault, quien sostiene que el lenguaje (discurso) es una condición de posibilidad de cada formación histórica (como si el discurso de la locura, fuera la condición de posibilidad de la locura misma, pág. 180). O el concepto de acción de Hannah Arendt, que difiere de la labor y del trabajo, por ser la capacidad de romper las cadenas de la causalidad; según esta autora, la acción –que siempre debe suceder frente a otros sujetos, en lo público, es decir, en la política– permite que el ser humano sea un *quién* y no un *qué* (Pág. 199). Asimismo, es destacable la descripción que se hace de Mario Vargas Llosa como un pensador liberal clásico (en oposición a la idea comúnmente difundida sobre él como un escritor de derecha), quien, inspirado en Isaiah Berlin, defiende la libertad en todas sus formas: tanto la libertad como ausencia de coacción (libertad negativa) y la libertad como participación en las decisiones que nos afectan (libertad positiva). Por esta razón, Vargas Llosa sería un liberal clásico, porque rechaza categóricamente todas las dictaduras, incluida la de Pinochet y, al hacerlo, se distancia de Hayek, uno de los pensadores liberales que la justificó (Pág. 343).

Por último, se valora que el libro haya incluido una reflexión sobre los aportes del psicoanálisis de Sigmund Freud y Slavoj Žižek, al integrar la subjetividad y contradicciones del sujeto moderno más allá de la razón: sus necesidades, deseos y pasiones. Desde esta perspectiva, el sujeto tendría una falta permanente y todos sus deseos no serían otra cosa que el intento de satisfacer dicha falta. La publicidad descubrió esto hace tiempo, de ahí que prometa satisfacer esa carencia a través del consumo, sin embargo, solo es eso, una promesa incumplida, porque esa falta lo constituiría como sujeto –lo que Émile Durkheim denominaría “el mal del infinito”–. En la sociedad chilena podemos apreciar esta paradoja del sujeto moderno, que aparentemente tiene un amplio margen de libertad económica para consumir diversas cosas, experiencias o prestigio (somos el país con el mayor ingreso per cápita de América Latina, por sobre los veinte mil dólares), empero, la sensación de inseguridad, vacío o malestar no parecen disminuir (Chile es actualmente el segundo país con mayor incremento en las tasas de suicidio a nivel mundial, han aumentado los problemas de salud mental y el consumo de ansiolíticos).

Una de las debilidades del libro es la falta de un prólogo o un epílogo donde el autor explicara las motivaciones que le impulsaron a escribirlo y el sentido de la obra ¿por qué escogió a esos autores y no a otros? En este mismo sentido, llama la atención que solo una pensadora tenga un apartado específico (Hannah Arendt). Por ejemplo, a pesar de que se cita reiteradamente y a lo largo de todo el texto la novela “Los Mandarines” (ambientada en la postguerra) de Simone de Beauvoir, no se elabora una sección concreta donde se discutan los aportes de la pensadora francesa sobre la libertad de las mujeres, quienes representan, nada más ni nada menos, que a la mitad de la humanidad.

Bibliografía

- Avendaño, O., M. Canales y R. Atria (2012): *Sociología: introducción a los clásicos. K. Marx, E. Durkheim, M. Weber*, Santiago, Lom Ediciones.
- Bobbio, N. (2001): *Diálogo en torno a la República*, Barcelona, Tusquets.
- De Beauvoir, S. (1971): *Los mandarines*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Gaitán, L. (2006): “La nueva sociología de la infancia. Aportaciones de una mirada distinta”, *Política y Sociedad*, 43 (1), p. 9-26. Disponible en:
<http://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/POSO0606130009A/22625>
- Kant, I. (1977 [1781]): *Crítica de la razón pura*, México DF, Porrúa.

Iskra Pavez Soto
Universidad Bernardo O’Higgins
iskrapaz@gmail.com